

LA TIERRA
DE LA ABUNDANCIA

Matilde Serao

Libros de
seda



C A P Í T U L O 1

El sorteo de la lotería

Después del mediodía, el sol penetró en la pequeña plaza de Banchi Nuovi, extendiéndose desde la litografía Cardone hasta la farmacia Cappa, y desde allí fue avanzando y subiendo por toda la calle de Santa Chiara; la luz confería una insólita alegría a aquella calle que siempre conservaba, incluso en las horas de mayor movimiento, un gélido aspecto entre claustral y escolástico. Pero el gran ir y venir matinal de la calle Santa Chiara, de las personas que descendían desde los barrios septentrionales de la ciudad (Avvocata, Stella, San Carlo all’Arena, San Lorenzo) en dirección a los barrios bajos de Porto, Pendino y Mercato y viceversa, empezaba a disminuir lentamente después del mediodía; cesaba el trasiego de los coches de caballos, de los carros, de los vendedores ambulantes y comenzaba entonces una marcha constante desde el claustro de Santa Chiara, desde el callejón Foglia, hacia la callejuela Mezzocannone, hacia Gesù Nuovo, hacia San Giovanni Maggiore.

La alegría del sol no tardó en iluminar una calle solitaria. En el lado derecho de la calle Santa Chiara (pues en el lado izquierdo no había nada más que la muralla alta, cerrada y color marrón del convento de las clarisas), los tenderos, comerciantes de viejos muebles polvorientos, de muebles nuevos de mala calidad, de diseños impresos a color y de vívidas oleografías, de figuras de santos de madera, de santos de estuco, almorzaban al

fondo de sus tiendas oscuras, sobre la esquina de un mantel manchado de vino, con un gran plato de macarrones y una botella de vidrio verdoso repleta de vino de Marano y cerrada con una hoja de vid enrollada.

Los mozos de los comerciantes, sentados en el suelo en el umbral de la tienda, mordisqueaban lentamente una rebanada de pan partida en dos y rellena de algún alimento acre, como calabaza frita en vinagre untada, chirivía con salsa avinagrada o berenjenas sazonadas con vinagre, pimienta y ajo. Al olor intenso y grasiento de todo el tomate que llevaban aquellos macarrones, de una esquina de la calle a la otra, se unía aquel olor intenso del vinagre agrio y de las especias vulgares. Los comerciantes, los dependientes, los mozos, con los labios aún rojos por el tomate o brillantes por la manteca de cerdo, gastaban dos sueldos en fruta para completar el almuerzo: los fruteros pasaban con una cesta de higos semivacia sobre la cabeza o, en ocasiones, los propios clientes se ponían delante de las carretas en las que transportaban cestas de ciruelas lilas o de melocotones con manchas para detener su avance.

Dos trabajadores, ante la litografía Martello, cuyas pequeñas máquinas para fabricar tarjetas de visita estaban paradas, cortaban en grandes trozos un melón amarillento, mientras que, en el umbral de un pequeño portal, dos costureras aguardaban charlando a que pasara el vendedor de *pizza*; la *schacciata*, cubierta de tomate, de ajo y de orégano y preparada en el horno, se vendía a tres céntimos, a un sueldo, a dos sueldos el trozo. Pasó el pizzero, efectivamente, pero llevaba bajo el brazo la tabla, toda ella manchada de aceite, sin siquiera un solo trozo de *pizza*: lo había vendido todo y se iba a comer, abajo, al barrio de Porto, donde se ubicaba su pizzería.

Las dos costureras, decepcionadas, llegaron a un acuerdo: una de ellas, rubia, como con una aureola de oro en torno al delicado semblante blanco, avanzó con aquellos pasos ondulantes que añadían un toque oriental a la seducción de las mujeres napolitanas y, tras subir por la calle Santa Chiara, agachando la cabeza para que no le diera el sol en la cara, se metió en el callejón de la sede y se dirigió hacia el local negro del vendedor de vino, que también era

mesonero, casi enfrente del edificio de la sede. Iba a comprar algo para comer, tanto para su compañera como para sí misma.

El callejón de la sede también se había quedado desierto después del mediodía, momento en el que todos volvían a sus casas y a sus pequeñas tiendas para almorzar y en el que no dejaba de aumentar el calor estival y se daba pie a la *controra*, la parte del día napolitano que equivalía a la de la siesta española, con la comida, con el reposo, con el sueño de quienes estaban cansados.

La costurera, un poco intimidada por lo oscura que estaba la bodega, la cual desprendía un olor ácido a vino, se había detenido en el umbral, parpadeando. Miró al suelo antes de entrar, con la sensación de que la boca negra y entreabierta del local era un peligro, como una trampilla, como un acceso subterráneo. Pero el mozo de la bodega se le acercó para atenderla.

—Deme algo para comer con pan —le dijo ella, balanceándose un poco.

—¿Pescado frito?

—No.

—¿Un poco de bacalao con salsa?

—No, no —dijo ella, disgustada.

—¿Unos callos?

—No, no.

—Pues, entonces, ¿qué quiere? —inquirió el mozo, un poco molesto.

—Quiero... quiero tres sueldos de carne; nos la comeremos con el pan Nannina y yo —dijo ella con una graciosa mueca de glotonería.

—Hoy no tenemos carne, que es sábado. Los sábados solo tenemos callos, para los infieles.

—Pues deme el bacalao ese —murmuró ella, reprimiendo un suspiro.

Miraba con curiosidad el patio de la sede ahora que el mozo había desaparecido en las profundidades de la bodega para preparar el bacalao. Unos rayos de sol, en lo alto, doraban aquel patio y, de vez en cuando, lo atravesaba la sombra de una mujer o de un hombre. Antonietta, la costurera, no dejaba de mirar, mientras tarareaba en voz baja una canción popular, balanceándose un poco.

—Aquí tiene el bacalao —dijo el mozo al volver.

Se lo había servido en un pequeño plato: eran cuatro trozos grandes que se deshacían en una salsa rojiza con mucha pimienta; el jugo ondeante dejaba restos amarillos de aceite en los bordes del plato color pardo.

—Y aquí tiene los tres sueldos —murmuró Antonietta, sacándolos del bolsillo, sin dejar de sostener el plato con la mano y con la vista fija en el bacalao que se deshacía en el condimento—. Si me tocara un terno en la lotería —dijo, mientras se ponía en marcha, sosteniendo con cuidado el pequeño plato—, comería carne todos los días.

—Carne con macarrones —rebatío, riendo, el mozo.

—Eso, ¡macarrones con carne! —gritó triunfalmente la costurera, con la mirada todavía fija en el pequeño plato para que no se vertiese la salsa.

—¡En el almuerzo y en la cena! —chilló el mozo desde el umbral.

—¡En el almuerzo y en la cena! —chilló Antonietta.

—Debería encomendarse al chico que está allí —gritó con alegría el mozo de la bodega, señalando con la mirada al patio de la sede.

—Vuelvo más tarde —dijo la costurera desde la esquina de la calle— para devolverte el plato.

El callejón de la sede volvió a permanecer desierto durante mucho tiempo. En invierno, por las tardes, lo frecuentaban los jóvenes estudiantes que salían de la universidad y atajaban para llegar a la calle Gesù o a Toledo, pero era verano y los estudiantes estaban de vacaciones. En realidad, de vez en cuando, como ya se iba haciendo tarde, alguna que otra persona llegaba de la calle Santa Chiara o de Mezzocannone y se quedaba clavada ante el portal de la sede; algunas lo hacían con cautela, otras fingiendo indiferencia.

Uno de los primeros fue un limpiabotas con su caja, un anciano jorobado, inválido, que alzaba la caja por el costado más alto, doblado en dos, envuelto en un viejo abrigo verdoso todo lleno de manchas, todo lleno de parches, con un gorro sin visera que le llegaba hasta los ojos. Bajo el pórtico de la entrada de la sede, en

el suelo, el limpiabotas dejó la caja y hasta él mismo se tumbó, como si estuviera esperando a que llegaran clientes, pero se olvidaba de dar esos dos golpes secos con el cepillo contra la madera para llamar a la clientela, y con una larga lista de papeletas en la mano, profundamente absorto, en su rostro amarillento y torcido de viejo raquíptico se manifestaba una adicción tan intensa que se transformaba su expresión.

Mientras tanto, ante él, como se acercaba la hora, seguía pasando gente, y del patio surgía un murmullo de voces napolitanas, entre chillonas y hondas. Un hombre, un jornalero, se detuvo delante del limpiabotas; se le echaban treinta y cinco años, pero se le veía taciturno y tenía la mirada apagada. Llevaba el abrigo recogido sobre los hombros y una camisa de percal de colores.

—¿Le damos brillo? —preguntó de manera automática el limpiabotas, bajando su lista de papeletas.

—¡Sí, claro! —respondió el otro con una risa sarcástica—. Me hace falta algo de brillo. Si tuviera otros dos sueldos, hoy habría jugado un último boleto donde doña Caterina.

—¿Al juego clandestino? —preguntó en voz baja el limpiabotas—. Ya, un poco para el Estado y otro poco para doña Caterina.

—Son todos unos ladrones, unos ladrones —añadió luego el obrero, fumando la colilla negra y negando con la cabeza, en un acto de desconfianza absoluta.

—¿Te has tomado medio día libre? ¿No has ido a cortar guantes?

—Los sábados ya no voy —contestó el otro, esbozando una pálida sonrisa—. Voy a buscar fortuna: ¡sé dónde encontrarla un sábado por la mañana!

—Y el sueldo de la semana, ¿cuándo lo cobras?

—Bueno —dijo el obrero, encogiéndose de hombros—, normalmente, el viernes, no tengo nada que cobrar.

—¿Cómo haces para jugar?

—Para jugar siempre hay. La hermana de doña Caterina, la del juego clandestino, presta dinero...

—¿Con muchos intereses?

—Un sueldo por lira, cada semana.

—No está mal, no está mal —comentó el limpiabotas, que parecía convencido.

—Tengo que darle setenta y cinco liras —respondió el que se dedicaba a cortar guantes—, y todos los lunes son un infierno. Me espera a la puerta de la fábrica, me grita, me insulta. Michele, te juro que es una bruja, pero ¿qué puedo hacer yo? El día menos pensado, me toca la lotería y le pago...

—Y con el resto del premio, ¿qué vas hacer? —le preguntó Michele entre risas.

—¡Lo tengo muy claro! —exclamó Gaetano, el que cortaba guantes—. Con un vestido nuevo, con una pluma de faisán en el sombrero, en un coche con campanas, iremos todos a comer a lo grande a Due Pulcinelli, en Campo di Marte.

—O a Figlio di Pietro, en Posillipo...

—O a Asso di Coppe, en Portici...

—De mesón en mesón...

—Carne con macarrones...

—Y vino del Monte di Procida.

—Si es que, a fin de cuentas, solo se vive una vez —concluyó filosóficamente el que cortaba guantes, subiéndose el abrigo por el hombro.

—Pues yo no tengo deudas —añadió el limpiabotas, al cabo de un minuto de silencio.

—¡Tendrás suerte!

—Si es que no encontraría a nadie dispuesto a prestarme un sueldo. Pero me lo juego todo: no tengo familia, puedo hacer lo que me venga en gana.

—¡Tendrás suerte! —repitió Gaetano, cuyo semblante se había turbado.

—Tres sueldos para dormir, ocho o diez sueldos para comer —prosiguió el limpiabotas—, ¿y quién me dice nada? ¡Ay, yo no he querido casarme, no! ¡Con la adicción al juego, me llega y me sobra!

—¡Si es que habría que matar al que inventó el matrimonio! —maldijo Gaetano, que tenía mal color de cara.

Ya casi eran las cuatro y el patio de la sede se estaba llenando de personas. En aquel centenar de metros de espacio, se hacinaba

una multitud de gente normal y corriente que charlaba de manera animada o aguardaba en silencio, con resignación, mirando hacia arriba, hacia el primer piso, hacia la pequeña galería cubierta, donde se debía celebrar el sorteo. No obstante, ahí arriba todo permanecía cerrado, incluidas las contraventanas de madera, por detrás de los cristales del gran balcón. Como no paraba de llegar gente, la multitud se acercaba más y más hasta el muro del patio. Algunas mujeres, a las que no paraban de empujar, se habían hecho un hueco en los primeros peldaños de la escalera, mientras que otras, más vergonzosas, se escondían bajo el pequeño balcón, entre los pilares que lo sostenían, arrimadas contra la puerta cerrada de la gran caballeriza. Otra mujer, que, pese a ser joven, tenía el seductor rostro demacrado y pálido, ojos negros un poco melancólicos, un poco extravagantes, ojeras amoratadas y una gruesa trenza negra deshecha a la altura del cuello, se había subido a un peñasco abandonado en el patio, quizá desde la época en la que habían construido o restaurado el edificio, y, desde ahí arriba, toda delgaducha con su ropa teñida de negro, con cientos de arrugas sobre el pecho flaco y sobre los costados, balanceando un pie (calzaba unos botines rotos y harapientos) y, de vez en cuando, subiéndose por los hombros un mísero chal también teñido de negro, dominaba a toda la multitud, a la que miraba con sus ojos afligidos y tristes.

La multitud estaba compuesta casi exclusivamente de gente pobre: zapateros que habían cerrado sus puestos en el cuchitril en el que vivían, se habían ajustado el delantal de piel a la cintura y, dejando atrás todo formalismo, con los gorros sobre los ojos, rumiaban sobre los números que habían jugado, con un movimiento imperceptible de los labios; criados sin empleo que, en vez de buscar patrón, gastaban las últimas liras ganadas en invierno, soñando con el boleto que les habría permitido pasar de criados a patronos, mientras la impaciencia les torcía el rostro apagado, donde la barba, que ya no se molestaban en afeitar, crecía de forma desigual. También había cocheros de alquiler que habían dejado el carruaje con el compadre, con el hermano, con el hijo, y aguardaban pacientemente con las manos metidas en los bolsillos, con ese aplomo propio del cochero que está acostumbrado

a esperar durante horas al pasajero. Había agentes de negocio de habitaciones amuebladas o de personal de limpieza que, en verano, cuando ya se habían marchado los forasteros y los estudiantes, languidecían sentados en sus sillas, bajo el letrero, el único elemento de sus puestos, en las esquinas de las callejuelas Santo Sepolcro, Taverna Penta, Trinità degli Spagnoli, y después de apostar alguna que otra moneda, que quitaban a la comida del día a día, sin nada que hacer, ociosos, venían a ver el sorteo de la lotería. Había jornaleros de las humildes artes napolitanas que, tras salir del almacén, de la fábrica, del taller, tras dejar el duro y mal pagado trabajo, apretando dentro del bolsillito del chaleco desgastado la papeleta de cinco sueldos o la pila de papeletas del juego clandestino, habían venido, entusiasmados, a presenciar aquel sueño que podría hacerse realidad. Estaban presentes personas incluso más infelices; es decir, aquellas que en Nápoles no vivían al día, sino a la hora, probando miles de trabajos, buenas en todo pero incapaces, por desgracia, de conseguir un empleo seguro y remunerado. Personas infelices sin hogar, sin tener donde caerse muertas, tan andrajosas y sucias que daban vergüenza, daban asco, y que habían renunciado al pan de aquel día para comprar una papeleta; en sus rostros se reflejaba la dureza del ayuno y del desaliento extremo.

Entre la multitud, llamaban la atención ciertas féminas, mujeres desarregladas, sin edad, como sin belleza; sirvientas sin servicio, esposas de jugadores empedernidos, jugadoras de por sí, jornaleras despedidas, y, entre ellas, el rostro pálido y atractivo de Carmela, aquella que estaba sobre el peñasco, con el semblante marchito, con los ojos hastiados y doloridos.

Más tarde, cuando ya faltaba poco para que comenzara el sorteo y el bullicio iba en aumento, entre las pocas mujeres con cara apagada y los harapientos vestidos de percal, que se habían descolorido por lavarlos tanto, apareció la figura de una fémina muy diferente. Era una mujer de a pie alta y robusta, de rostro moreno muy colorado, de cabello castaño recogido en lo alto de la cabeza y peinado con gran esmero, en cuyo flequillo, sobre la frente menuda, quedaban restos del polvo facial. Unos pendientes pesados de barruecos, redondos, color blanco tirando a verde, le caían de

las orejas, de tal forma que había tenido que fijarlos con un cordoncito de seda negra, por miedo a que le desgarrasen el lóbulo. Un colgante dorado, con un grueso medallón de oro, descansaba sobre su chaquetón de muselina blanca, lleno de bordados y adornos de encaje. De vez en cuando, se subía por los hombros un chal transparente de crepé de seda negra y, entonces, dejaba a la vista las manos, repletas de gruesos anillos de oro hasta la mitad de la segunda falange. Su mirada era seria y tranquila, con una leve aura de audacia serena, y su boca transmitía severidad, pero, al colarse entre el gentío, al avanzar hasta el tercer peldaño de la escalera, para ver y oír mejor, mantuvo la cabeza inclinada, gesto típico de las napolitanas de a pie, un poco coqueta, un poco mística, conservando aquella ondulación de su figura que tan seductora resultaba bajo el chal y que las napolitanas burguesas perdían automáticamente cuando se vestían a la moda francesa.

Pese a la simpatía natural que inspiraba aquella silueta femenina, a su paso se levantó un murmullo casi hostil y una especie de repulsión entre la multitud. Ella levantó los hombros en un gesto de desdén y permaneció sola, erguida en el tercer peldaño, con el chal subido por los brazos y las manos llenas de anillos sobre el vientre. El murmullo siguió su curso por aquí y por allá, y ella miró al gentío dos o tres veces, con serenidad, si bien no sin altivez. Las voces callaron y la mujer pestañeó dos o tres veces, como por orgullo satisfecho.

Al fin, ante todas las demás, ante Carmela, la del rostro marchito y los grandes ojos doloridos, ante Concetta, la de las manos llenas de anillos y el flequillo manchado de polvo facial, Concetta, la usurera hermosa, robusta y rica, hermana de doña Caterina, la gestora del juego clandestino, ante la multitud del patio, de la entrada, de la calle, emergió la figura de una mujer y atrajo alguna que otra mirada entre los congregados. Era la señora del primer piso del edificio de la sede, que se sentaba detrás de la barandilla de uno de los pequeños balcones. Como estaba de lado, se veía su perfil inclinarse y levantarse de vez en cuando sobre el reluciente engranaje de acero de una máquina de coser de la marca Singer, mientras que con el pie, que sobresalía de la falda modesta de percal azul con puntitos blancos, pisaba metódicamente el pedal

de hierro, que bajaba y subía con movimientos uniformes. El murmullo de las voces y los diálogos, que se extendían de una punta del patio a la otra, así como el ruido de los pasos, amortiguaba el ruido sordo de la máquina de coser, pero, contra el fondo oscuro del balcón, la figura de la costurera se discernía entera, de perfil: las manos que sostenían el trozo de tela blanca bajo la aguja de la máquina de coser que subía y bajaba, el pie que pisaba el pedal sin parar, la cabeza que también subía y bajaba sobre la labor, sin vivacidad, pero sin cansancio, sin cesar. De perfil se veía una mejilla delicada, sutilmente rosa, y una gruesa trenza castaña peinada con modestia y fijada sobre la nuca, se veía la comisura de una boca fina y la sombra de las largas pestañas entrecerradas que se movían sobre las mejillas.

La joven costurera, durante toda la hora que llevaba la gente hacinándose en el patio, no había mirado hacia abajo más de un par de veces; les había dedicado una breve mirada indiferente y había vuelto a inclinar rápidamente la cabeza sobre el engranaje brillante de la máquina, moviendo despacio el trozo de tela con las manos para que la costura le quedara recta, recta. Nada la distraía de su trabajo, ni las voces ni las vivas exclamaciones ni el trapaleo creciente de la multitud; no había mirado ni una vez hacia la galería cubierta, donde, dentro de poco, se celebraría el sorteo. La gente la miraba desde abajo, miraba a la delicada e inagotable costurera de blanco, pero ella proseguía en silencio con su trabajo, como si ni tan siquiera el eco de aquella gran adicción, en parte secreta y en parte manifiesta, llegase hasta ella; parecía tan lejana, tan inalcanzable, tan absorta en un mundo absolutamente ajeno y diferente que se podría fantasear con que ella era una imagen más que una realidad, una figura ideal más que un ser vivo.

Pero, de pronto, se elevó un hondo grito de satisfacción desde el pecho del gentío, un grito que abarcaba todos los tonos, que subía hasta las notas más agudas y bajaba hasta las más graves: el gran balcón de la galería se había abierto. La gente que aguardaba en la calle trató de penetrar en la entrada y la que estaba en la entrada, se agolpó en el patio, como en un encierro, mientras todos alzaban la cara, presas de una ardiente curiosidad, presas de una angustia ardiente. Un gran silencio. Y, si una se fijaba bien en el

movimiento de los labios de algunas de las mujeres, se veía que estaban rezando. Carmela, la jovencita del atractivo rostro consumido y de los ojos negros infinitamente tristes, jugueteaba con el cordoncito negro que le pendía del cuello y del que colgaban una medalla de la Virgen de los Dolores y un pequeño cuerno de coral. Silencio universal, silencio de expectación, de estupor. En la galería, dos auxiliares de la Lotería Real habían colocado una mesita larga y estrecha cubierta con un mantel verde y, detrás de la mesita, tres sillas altas para que se sentaran las tres autoridades: un consejero de la prefectura, el director de la Lotería de Nápoles y un representante del municipio. Sobre otra mesita pequeña colocaron el bombo para los noventa números. Era un bombo grande, hecho de una red metálica, transparente, con forma de limón y unas tiras de latón que se extendían de una punta a la otra, ciñéndolo como los círculos del meridiano ciñen la Tierra: unas finas tiras centelleantes que apretaban el bombo con fuerza sin impedir por ello una perfecta transparencia. El bombo permanecía suspendido en el aire entre dos ganchos de latón, y en uno de los ganchos había una manivela, también metálica, que al girarla hacía pivotar sobre su eje todo el bombo con rapidez.

Los dos auxiliares que habían traído todos estos materiales hasta la galería eran viejos, un poco encorvados, como soñolientos. También las tres autoridades, con gabán y sombrero de copa, parecía que se aburrían y tenían sueño, ahí sentados detrás de la mesita: esa era la impresión que daba el consejero de la prefectura, con el bigote teñido de un negro hondo, aunque parecía que se le había desteñido de un tono tostado, como tostado era su rostro brillante y adormilado, y esa era la impresión que daba el consejero municipal, un joven de barba oscura. Esta gente se movía lentamente, midiendo cada gesto con una precisión de autómatas, de tal forma que un hombre de a pie, entre el gentío, les gritó:

—¡Venga, venga!

De nuevo, silencio, pero hubo una gran conmoción cuando apareció en la galería el muchachito que debía extraer del bombo los números del sorteo.

El niño vestía el uniforme grisáceo del Hospicio de los Pobres; era, pues, un pobre muchacho de la «casa de fieras», como los

napolitanos llamaban al refugio de aquellas criaturas abandonadas, una pobre «fierecilla» sin madre y sin padre o hijo de padres que, por miseria o por crueldad, habían abandonado a su prole. El muchacho, con la ayuda de uno de los auxiliares, se puso, sobre el uniforme de «fierecilla», una túnica de lana blanca, y le colocaron en la cabeza un gorro blanco, también de lana, porque en la lotería el pequeño inocente debía vestir ropa blanca, símbolo de inocencia. Y se subió a un taburete con habilidad para estar a la altura del bombo. Desde abajo, la multitud se alborotaba:

—¡Guapito, guapito!

—¡Que Dios te bendiga!

—¡Me encomiendo a ti y a san José!

—¡Que la Virgen te bendiga las manos!

—¡Bendito seas, bendito seas!

—¡Salud y una larga vida, salud y una larga vida!

Todos le decían algo, un augurio, una bendición, un deseo, una invocación piadosa, una plegaria. El niño miraba en silencio, con la vista fija, apoyando la mano sobre la red metálica del bombo, y algo alejado, recostado contra la jamba del balcón, había otro niño de la «casa de fieras», muy pero que muy serio, pese a las mejillas rosadas y los cabellos rubios cortados sobre la frente: era el muchacho que debía extraer los números del próximo sábado y que había venido para aprender, para hacerse a la maniobra del sorteo y a los gritos de la multitud. Pero nadie reparaba en él: era al que estaba vestido de blanco, al que participaba aquel día, al que se dirigían las miles de exclamaciones de la gente; era la pequeña alma inocente vestida de blanco la que hacía sonreír de ternura, la que hacía saltar lágrimas en los ojos de la multitud de aquellos seres atormentados que tenían todas sus esperanzas puestas en la Fortuna. Algunas mujeres habían alzado en brazos a sus propios hijos y los exponían hacia la pequeña «fierecilla». Y las voces, tiernas, apasionadas, desconsoladas, proseguían:

—¡Parece un pequeño san Juan! ¡Eso parece!

—¡Que tu vida esté siempre llena de gracia si me concedes a mí esta!

—¡Niño de mis ojos, cuánto te quiero!

De pronto, se distrajeron. Uno de los auxiliares acababa de tomar uno de los números que se debían introducir en el bombo; se lo mostró al pueblo, anunciándolo con voz clara, y se lo pasó a las tres autoridades, que le echaron una ojeada distraídamente. Uno de los tres, el consejero de la prefectura, metió el número en una pequeña esfera y el segundo auxiliar se la pasó al muchacho vestido de blanco para que la metiese enseguida en el bombo, por la pequeña boca de metal abierta. Y, con cada número que se anunciaba, se sucedían las exclamaciones, los chillidos, las risitas, las risotadas. A cada número el pueblo le asignaba una explicación, tomada del *Libro de los sueños* o de *La smorfia*¹ o de aquel saber popular que se difunde sin libros, sin ilustraciones. Y había carcajadas, había bromas pesadas, había interjecciones de miedo o de esperanza, todo ello acompañado de un clamor sordo, como un coro menor sumido en una tempestad.

—¡Dos!

—... ¡La niña!

—... ¡La carta!

—... Necesito esa carta. ¡Señor!

—¡Cinco!

—... ¡La mano!

—... ¡Contra los que me desean lo peor!

—¡Ocho!

—... ¡La Virgen, la Virgen, la Virgen!

Cada vez que la pequeña «fierecilla» vestida de lana cándida introducía en el bombo del sorteo diez números, encerrados en sus respectivas cajitas redondas y grises, el segundo auxiliar cerraba la boca del bombo, giraba la manivela para que se moviese sobre su propio eje y hacía rodar, bailar, saltar a los números. Y desde abajo gritaban:

—¡Gira, gira, viejales!

—¡Un giro más, te lo pido por favor!

—¡Que salga justo lo que necesito!

Los cabalistas... Esos no hablaban, no miraban siquiera el bombo girar: para ellos no existía ni el niño inocente ni el movimiento

1 N. de la Trad.: Publicaciones como la famosa Smorfia trataban de asignar valores numéricos a los sueños más recurrentes para luego apostarlos en la lotería.

de los números ni el giro lento o vivaz del gran bombo metálico; para ellos solo existía la cábala, la cábala oscura pero impoluta, la gran fatalidad, dominante, imperante, que todo lo sabe, que todo lo puede y que todo lo hace, sin que ningún poder, humano o divino, pueda evitarlo. Tan solo ellos callaban, meditabundos, concentrados, incluso desdeñosos ante aquella fuerte algarabía popular, absortos en un mundo espiritual, místico, aguardando con una profunda certidumbre.

—¡Trece!

—... ¡Las velas!

—... ¡El hacha, la antorcha! ¡Hay que apagar esta antorcha!

—¡Hay que apagarla, hay que apagarla! —tronaba el coro.

—¡Veintidós!

—... ¡El loco!

—... ¡El loco de remate!

—... ¡Como tú!

—... ¡Como yo!

—... ¡Como el que juega a la lotería!

El pueblo exageraba. La gente se estremecía y se mecía como un mar que se agita en un mismo movimiento. Las mujeres, en especial, estaban nerviosas, atolondradas, y apretaban en sus brazos a los niños con tanta fuerza que estos palidecían y rompían a llorar. Carmela, sentada en lo alto del peñasco, tenía la mano cerrada sobre la medalla de la Virgen y el pequeño cuerno de coral; doña Concetta, la usurera, se olvidaba de subirse el chal de crepé negro que le caía por aquellos robustos costados, mientras movía los labios con leves movimientos convulsos. Y se había ahogado el ruido sordo de la máquina de coser, el que llegaba del balcón del primer piso: ya nadie reparaba en la incansable costurera de ropa de cama. La fiebre del pueblo napolitano, en la inminencia del sueño que estaba a punto de hacerse realidad, se volvía más y más aguda. Cada vez se sobresaltaba con más viveza e intensidad cuando se anunciaba un número popular, un número simpático.²

2 N. de la Trad.: Los cabalistas trataban de demostrar que con una extracción se podía adivinar otra gracias a una serie de números relacionados entre sí: los números «simpáticos».

—¡Treinta y tres!
—... ¡La edad de Cristo!
—... ¡Los años que tenía!
—... Este sale.
—... ¡Que no sale!
—... ¡Ya veréis cómo sale!
—¡Treinta y nueve!
—... ¡El ahorcado!
—... ¡Por el cuello, por el cuello!
—... ¡Así tenía que estar el que digo yo!
—... ¡Que le aprieten, que le aprieten!

Imperturbables, en la galería, las autoridades, los auxiliares y el muchacho vestido de blanco continuaban con su labor, como si no llegara a sus oídos todo aquel alboroto. Tan solo el otro niño, para quien aquel espectáculo insólito era una novedad, miraba hacia abajo desde la barandilla, estupefacto, pálido, con los labios rojos hinchados, como si tuviera ganas de llorar: una pequeña alma inocente y extraviada en el torbellino de la profunda adicción humana. La operación seguía adelante en la galería con la máxima calma; con cada nueva decena de números introducidos en el bombo, el auxiliar lo giraba durante más tiempo, haciendo que las pequeñas esferas bailasen y brincasen alegremente entre la red transparente de metal.

Ahí arriba, no se decía ni una palabra, no se esbozaba ni una sonrisa: la fiebre permanecía estancada entre las personas del patio, sin subir al primer piso. Abajo, ahora, las personas más serias se reían entre convulsiones, en voz baja, y bajaban la cabeza, como si se hubiesen contagiado de la enfermedad con violencia. El sorteo parecía que aceleraba el ritmo al acercarse el final. Nuevos gritos acogieron el setenta y cinco, que era el número del Polichinela,³ y el setenta y siete, que era el del diablo, pero una extensa ovación, extensísima, saludó al noventa, el último número, sobre todo porque era el final, pero también porque el noventa era un número encantador: simbolizaba el miedo, simbolizaba el mar, simbolizaba el pueblo, además de otros

3 N. de la Trad.: Personaje de la comedia del arte, símbolo del pueblo llano napolitano.

cinco o seis significados, todos ellos populares. Todos aplaudieron en el patio, hombres, mujeres, niños, al gran noventa, que era el omega de la lotería. Luego, de pronto, como si de un encantamiento de tratara, se hizo un silencio profundo: la inmovilidad de apoderó de todos aquellos cuerpos, de todas aquellas caras. Parecían estar petrificados los sentimientos, las palabras, los actos, las expresiones de la gran multitud convulsa.

El primer auxiliar, el que había anunciado los noventa números, arrimó a la balaustrada una tablilla de madera, larga y estrecha, con cinco casillas vacías, semejante a la de los corredores de apuestas en los campos de las carreras, mientras el otro auxiliar daba los últimos giros al bombo con los noventa números. La tablilla la habían girado de cara al pueblo. Luego, el consejero tocó una campana y el giro del bombo se detuvo. El tercer auxiliar colocó una venda sobre los ojos al niño vestido de blanco y este, poco a poco, metió la manita en el bombo abierto y rebuscó un instante, un instante tan solo, antes de tomar enseguida una bolita con el número. Mientras esta bolita pasaba de mano en mano, abajo, de aquellos pechos petrificados, de aquellas bocas petrificadas, emanó un suspiro taciturno, funesto, angustioso.

—Diez —gritó el auxiliar, anunciando el número extraído y metiéndolo *ipso facto* en la primera casilla.

Murmullo y agitación entre el pueblo: todos los que tenían puestas sus esperanzas en el primer número se habían desengañado.

Otra campanada: el niño metió, por segunda vez, aquella delicada manita en el bombo.

—Dos —gritó el auxiliar, anunciando el número extraído y metiéndolo en la segunda casilla.

Al creciente murmullo se unió alguna que otra palabrota ahogada: todos los que habían apostado por el segundo número se habían desengañado, todos los que esperaban acertar cuatro números se habían desengañado, todos los que habían jugado un terno entero comenzaban a temer que acabarían desengañándose. Tal es así que, cuando por tercera vez la manita del muchacho penetró en el bombo, alguien le gritó con angustia:

—¡Busca bien, escoge bien, niño!

—Ochenta y cuatro —gritó el auxiliar, anunciando el número y colocándolo en la tercera casilla.

Fue entonces cuando estalló un gran grito de indignación, compuesto de maldiciones, de lamentos, de exclamaciones coléricas y dolidas. Este tercer número, el maldito, era decisivo, era decisivo para el sorteo y para los jugadores. Con el ochenta y cuatro ya se habían desengañado todos los que habían apostado por el primer, el segundo y el tercer número; se habían desengañado todos los que habían jugado una quina, una cuaterna, un terno, un terno seco.⁴ Este último representaba la esperanza y la pasión del pueblo napolitano, esperanza y deseo de todos los jugadores, de los empedernidos y de los que jugaban una sola vez, por casualidad: el «terno» es la palabra clave de todos aquellos deseos, de todos aquellos anhelos, de todas aquellas necesidades, de todas aquellas miserias. Un coro de maldiciones se elevaba, desde allí abajo, contra la mala fortuna, contra la mala suerte, contra la lotería y contra los que se dejaban engañar, contra el Estado, contra aquel condenado niño que tenía una mano así de desgraciada. «¡Fierrecilla, fierrecilla!», gritaban desde abajo, para insultarle, mostrándole el puño. Entre el tercer y el cuarto número, pasaron dos o tres minutos, como todas las semanas: el tercer número era el símbolo temeroso del infinito desengaño del pueblo.

—Setenta y cinco —anunció con voz más débil el auxiliar, metiendo el número extraído en la cuarta casilla.

Entre las voces irascibles que no se apaciguaban, se oyó un silbido de venganza. Al niño le caían insultos, pero los peores improperios iban destinados a la lotería, que no toca nunca, nunca, que está amañada para que jamás toque, jamás, en especial a la gente pobre.

—Cuarenta y tres —terminó de decir el auxiliar, colocando el quinto y último número.

⁴ N. de la Trad.: Suerte de cinco, cuatro y tres números respectivamente. El terno seco era una papeleta de tres números que se jugaba sin opción a los ambos y con la que se optaba al premio más alto.

Un último soplo de cólera entre el pueblo y listo. En un instante, de la galería se esfumó toda la fría maquinaria de la lotería: desaparecieron los dos niños, las tres autoridades, el bombo con los ochenta y cinco números y el pedestal, desaparecieron las mesitas, las sillas altas, los auxiliares, se cerraron los cristales y las contraventanas del gran balcón, en un instante. Sola, erecta, junto a la balaustrada, quedó la cruel tablilla, con sus cinco números, esos mismos, esos mismos, la gran fatalidad, el gran desengaño.

Con mucha lentitud, de mala gana, le gente fue despejando el patio. Sobre los más alterados por la adicción al juego había soplado el viento de la desolación y los había abatido, como si se les hubieran partido los brazos y las piernas y notaran el sabor amargo de la bilis en la boca. Quienes habían apostado todo su dinero aquella mañana, olvidándose de la necesidad de comer, de beber, de fumar, aquellos que se habían nutrido vívidamente de las fantasías de abundancia que les brindaba la imaginación, soñando, para aquella tarde de sábado y para el domingo y para los días venideros, con todo un hartazgo de comidas grasas y ricas, que devoraban en su imaginación, ahora metían sin fuerza las manos en los bolsillos vacíos, y en sus ojos desolados se dibujaba el dolor físico, infantil, de quien nota los primeros síntomas del hambre y no tiene, sabe que no puede tener un trozo de pan que llevarse a la boca. Otros, los más imprudentes, tras caer desde lo alto de sus esperanzas en un abrir y cerrar de ojos, experimentaban aquel largo minuto de angustiosa locura propio de cuando no se quiere creer, no, no se puede creer que tanta desventura sea posible, y en sus ojos tenían esa mirada extraviada que ya no procesaba las cosas que veía y los labios balbuceaban palabras incoherentes. Y eran estos imprudentes desesperados los que seguían fijando la mirada en la tablilla de los cinco números, como si no fueran capaces de procesar la verdad por el momento, e inconscientemente comparaban los cinco números con la larga lista blanca de sus papeletas. Y los cabalistas, en fin, seguían sin marcharse; discutían entre ellos como tantos otros filósofos, como tantos otros sabios, sin dejar de concentrarse en la profunda naturaleza

matemática de la lotería, fundamentada en figuras, cadencias, triples, en el razonamiento algebraico del cuadrado maltés y las inmortales elucubraciones de Rutilio Benincasa.⁵

Entre los que se marchaban y los que permanecían ahí, encadenados a su adicción, entre los que discutían con rabia y los que bajaban la cabeza, desganados, ya sin arrojo alguno, sin más fuerza para moverse ni pensar, variaba la forma de la desolación, pero la sustancia era la misma: profunda, intensa, hacía sangrar las fibras más íntimas y se disponía a destruir las propias fuentes de la existencia.

El limpiabotas Michele, el inválido, todavía sentado en el suelo, con su caja negra entre las piernas torcidas, había escuchado el sorteo sin levantarse, oculto detrás de quienes se amontonaban en el patio. Ahora, mientras la multitud se disolvía poco a poco, bajaba la cabeza hacia el pecho y el tinte amarillento de su rostro de viejo raquítico se coloreaba de verde, como si le hubiera subido toda la bilis hasta el cerebro.

—¿Nada? —preguntó una voz sorda junto a él.

Alzó por inercia los ojos pardos con sus párpados rojizos y vio a Gaetano, el cortador de guantes, en cuyo rostro pálido se manifestaba el desánimo de los exaltados desengañados.

—Nada —se limitó a decir el limpiabotas, volviendo a bajar la vista.

—Yo tampoco. ¿No tendrás cinco o seis sueldos por casualidad, compadre? El lunes te los devuelvo.

—¿Y de dónde los iba a sacar yo? Si tienes diez, nos quedamos con cinco cada uno —murmuró desesperadamente el limpiabotas.

—Adiós, compadre —dijo con brusquedad el cortador de guantes.

—Adiós, compadre —respondió en el mismo tono el limpiabotas inválido.

Pero, mientras Gaetano se alejaba, por debajo del portal, pasó junto a él, seria, lenta, con la mirada gacha, doña Concetta, la de

5 N. de la Trad.: El cuadrado maltés trataba de demostrar que la lotería no se regía por un orden casual, sino causal. Las figuras, las cadencias y los triples son conceptos que aparecen en la explicación de tal teoría. Rutilio Benincasa fue uno de los pensadores que contribuyó a su desarrollo.

la cadena de oro que se mecía en su pecho y la de las manos repletas de anillos.

—¿Ha ganado algo, Gaetano? —le preguntó ella con una leve sonrisa.

—¡Un rayo que me parta es lo que he ganado! —gritó él; le exasperaba encontrarse con la usurera, pues le hacía pensar en toda su miseria, y le irritaba aquella pregunta formulada en aquel instante.

—Ya veo, ya veo —contestó ella con frialdad—. Nos vemos el lunes, no se olvide.

—No me olvido, no, que la llevo a usted en el corazón, como a la Virgen —le gritó él a continuación con voz aguda.

Ella bajó la cabeza y se marchó. No venía hasta aquí por interés propio porque ella jamás jugaba ni tampoco venía para atormentar a ninguno de sus deudores, como Gaetano; venía por interés de su hermana, doña Caterina, que organizaba el juego clandestino y no se atrevía a presentarse aquí en público. Doña Caterina comunicaba a su hermana los números que más temía; es decir, los que más se habían jugado en su negocio y por los que tendría que pagar más dinero. Si salían estos números temidos, entonces, doña Concetta enviaba a un jovencito a casa de su hermana, la cual estaba preparada para hacer las maletas e irse con tal de no tener que pagarle a nadie. Ya se había arruinado en tres ocasiones con el dinero de las apuestas y doña Caterina había huido una vez a Santa María di Capua, otra a Gragnano y otra a Nocera dei Pagani, donde se quedó un par de meses. Había tenido el valor de regresar y enfrentarse a los jugadores desengañados, sirviéndose de la audacia con algunos y dando unas pocas monedas a otros, y había vuelto a organizar el juego clandestino. Las personas a las que había robado, estafado, engañado, volvían junto a ella, incapaces de denunciarla, presas de la adicción o por respeto a doña Concetta, a quien todos debían dinero. Y la especulación continuaba y el dinero pasaba de una hermana a la otra, de la que regentaba el negocio y sabía arruinarse a tiempo a la usurera que se atrevía a plantar cara a sus deudores más malintencionados.

Doña Caterina y su clientela no consideraban esta fuga un delito o un robo. ¿Acaso no es lo que hace el Estado a mayor escala,

que ha asignado un bote de seis millones para cada sorteo de la lotería y para cada bombo de las ocho ciudades y, cuando por una rarísima casualidad, las papeletas premiadas superan los seis millones, también se arruina y disminuye la cuantía de los premios?

Oh, pero aquel día no hacía falta que doña Caterina se arruinase, que se diese a la fuga: los números premiados eran tan malos que, seguramente, no había ganado ninguno de sus jugadores. Doña Concetta subía despacio por la calle Santa Chiara, sin prisas, sabiendo que aquel era un sábado desolador para toda la Nápoles jugadora y preparándose para las próximas batallas que tendría que librar en calidad de usurera el lunes. Pasaban por ella todas aquellas criaturas infelices cuya esperanza se había hecho añicos, y ella bajaba la cabeza, con sabiduría, ante aquellas aberraciones humanas, tirando de los bordes de su chal de crepé negro con las manos llenas de anillos. Una mujer que subía por la calle, seguida por una niña y un niño y portando en los brazos una criatura lactante, la rozó, la dejó atrás y entró en el patio de la sede, donde seguía habiendo varias personas.

Era una mujer ataviada muy pobremente, con un vestido de percal deshilachado y fangoso, que suscitaba piedad y disgusto. Llevaba un chalecito de lana con el borde deshecho sobre los hombros y tenía la cara tan demacrada, tan consumida, los dientes tan negros y los cabellos tan ralos que sus hijos, sus tres hijos, que no estaban harapientos, que no estaban sucios y que eran guapitos, no parecían suyos. El bebé, algo débil, apoyaba la cabeza sobre el hombro para dormir, pero la pobrecita estaba tan alterada que no le prestaba atención. Y al ver a Carmela, su hermana, aún sentada sobre el peñasco elevado, con las manos flácidas sobre el regazo y la cabeza inclinada sobre el pecho, sola, sola, como inmovilizada por un dolor mudo, se le acercó.

—¡Ay, Carmela!

—Buenos días, Annarella —dijo Carmela, sobresaltada, esbozando una palidísima sonrisa.

—¿Tú también estás aquí? —le preguntó en un tono de dolorosa sorpresa.

—Eh..., sí —respondió Carmela, con un gesto de resignación.

—¿Has visto a Gaetano, mi marido? —preguntó con angustia Annarella, pasando la cabecita de su bebé del hombro al brazo para que pudiese dormir con mayor comodidad.

Carmela alzó los grandes ojos hacia el rostro de su pobre hermana, pero la vio tan deshecha, tan desmejorada por la miseria y las carencias, tan envejecida, tan cercana ya a la enfermedad y a la muerte, tan desesperada al hacerle aquella pregunta que no se atrevió a decirle la verdad. Sí, había visto a Gaetano, el cortador de guantes, su cuñado, lo había visto primero febril y ansioso, luego pálido y sin ánimo, pero su hermana, pero su débil bebé dormido, pero los dos otros niñitos, que miraban a su alrededor con curiosidad, le daban mucha pena. Le mintió.

—No lo he visto, ni mucho menos —dijo, bajando la mirada.

—Se suponía que iba a venir —murmuró Annarella con voz ronca y lenta.

—Te digo que no estaba.

—Será que no lo has visto —respondió Annarella, obstinada en su dolorosa incredulidad—. ¿Cómo no iba a venir? Si viene hasta aquí todos los sábados, hermana mía. Es posible que en su casa, con estas criaturas tuyas, no esté; es posible que en la fábrica de guantes, donde se puede ganar el pan, no esté, pero no es posible que no esté aquí un sábado para escuchar qué números salen premiados. Aquí están su adicción y su muerte, hermana mía.

—Juega mucho, ¿no es cierto? —dijo Carmela, que se había puesto muy pálida y tenía los ojos anegados en lágrimas.

—Todo lo que puede y también lo que no puede. Podríamos vivir mejor sin pedir nada a nadie, pero, por culpa de este juego, estamos hasta arriba de deudas y de angustia y comemos muy de vez en cuando, así, cuando traigo yo un pedazo de pan a casa. ¡Ah, estas criaturas, estas criaturas, estas pobres criaturas!

Y le falló la voz por un dolor tan maternal que Carmela derramó lágrimas por las mejillas, derrotada por una piedad infinita. Ahora ya casi estaban solas en el patio.

—¿Y tú por qué vienes a ver este juego? —preguntó pasado un rato Annarella, enojada con todos los que jugaban.

—Bueno, ¿qué quieres que haga, hermana mía? —dijo la otra, con su armoniosa voz destrozada—, ¿qué quieres que haga? Tú sabes que me gustaría veros a todos contentos, a nuestra madre, a ti, a Gaetano, a tus criaturas y a Raffaele, mi enamorado, y... a otra persona más; tú sabes que vuestra cruz es mi cruz y que no vivo en paz ni una sola hora por pensar en lo mucho que sufrís. Por eso, todo lo que me queda de lo que gano lo juego. Tarde o temprano, llegará el día en que el Señor me ha de bendecir; ganaré un terno... Y, entonces, entonces, os lo daré todo a vosotros, todo.

—¡Ay, pobre hermana mía! ¡Pobre hermana! —dijo Annarella, presa de una melancólica ternura.

—Tiene que faltar poco para ese día, tiene que faltar poco... —susurró apasionada, como si hablara consigo misma, como si ya pudiese vislumbrar ese día de bonanza.

—Que los ángeles te escuchen, amén —murmuró Annarella, besando la frente de su bebé—. Pero ¿dónde se habrá metido Gaetano? —volvió a decir, derrotada por la preocupación.

—Dime la verdad, Annarella —le pidió Carmela, bajando del peñasco y preparándose para marcharse—: ¿no tienes nada que darles a los niños hoy?

—Nada —dijo con aquella voz apagada.

—Toma esta media lira, tómala —dijo la otra, al tiempo que se la sacaba del bolsillo y se la ofrecía.

—Que Dios te bendiga, hermana mía.

Y se miraron con tanta piedad mutua que solo por vergüenza de que las vieran los que pasaban por la calle de la sede no rompieron a sollozar.

—Adiós, Annarella.

—Adiós, Carmela.

La joven apasionada le dio un leve beso en la frente al niño que dormía. Annarella, con el paso desmadejado de quien ha dado a luz a demasiados hijos y ha trabajado demasiado, se marchó por el claustro de Santa Chiara, seguida de sus otros dos hijitos, el niño y la niña. Carmela, a su vez, ciñéndose el mísero y descolorido chalecito negro, arrastrando el calzado roto, bajó hacia la placita de Banchi Nuovi. Fue ahí donde un jovencito vestido con

pulcritud, con pantalones ajustados por las rodillas y anchos como campanas por los pies, con un abrigo ceñido y un sombrero sobre las orejas, hizo que se detuviera y la miró con sus fríos ojos de un color azul claro, frunciendo bajo los pequeños bigotes rubios unos labios vívidos como los de una muchacha. Carmela se detuvo y, antes de dirigirle la palabra, miró al jovencito con tal pasión y ternura que parecía que quisiera envolverlo en un manto de amor. Él pareció no darse cuenta.

—¿Y bien? —le preguntó él joven con voz aguda, irónica.

—¡Nada! —dijo ella, abriendo los brazos en un gesto de desolación, y, para no llorar, agachaba la cabeza, se miraba la punta de los botines que habían perdido el brillo y que dejaban a la vista, entre los descosidos, el forro ya sucio.

—¡Me lo veía venir! —exclamó el jovencito, iracundo—. Una mujer no deja de ser mujer.

—¿Qué culpa tengo yo de que no hayan salido los números? —dijo con humildad, con dolor, la apasionada joven.

—Tendrías que haberte enterado de cuáles eran los buenos, haber ido al padre Iluminado, que los conoce, que se los dice solo a las mujeres, haber ido a don Pasqualino, al que ayudan los buenos espíritus, y enterarte, enterarte de los números. Chica, ve quitándote de la cabeza que yo me vaya a casar con una andrajosa como tú.

—Lo sé, lo sé... —murmuró ella con humildad—. No lo volveré a pensar.

—Es que parece que te olvidas de que, sin dinero, no se cantan las misas. ¡Hasta la vista!

—¿No vienes esta noche a mi casa? —se atrevió a preguntar ella.

—Tengo cosas que hacer; me voy con un amigo. Por cierto, ¿me prestas un par de liras?

—Me queda una sola, una sola... —exclamó ella, sonrojada, inquieta, sacando la lira del bolsillo con timidez.

—¡Ojalá muriera asesinada la miseria! —maldijo él, chupando tabaco napolitano—. Venga, dámela. Ya veré cómo me las apaño.

—¿No vas a pasar por casa? —rogó ella con los ojos, con la voz.

—Si paso, pasaré muy tarde.

—No importa, no importa, te espero en el balcón —dijo ella, agachando la cabeza, empeñándose en humillar su alma y su persona.

—Y no me puedo quedar mucho tiempo...

—Bueno, tú silba; silbas, yo te oigo y duermo más tranquila, Raffaele. ¿Qué te cuesta pasar y silbar?

—De acuerdo —accedió él con indulgencia—, trato hecho. Adiós, Carmela.

—Adiós, Raffaele.

Se detuvo para verlo marchar rápidamente por la calle Madonna dell’Aiuto; le crujían los botines de charol al caminar con aquel paso de orgullo tan propio de los *guappi*.⁶

—Que la Virgen lo bendiga a casa paso que da —murmuró con ternura la muchacha para sí mientras se alejaba. Pero, al caminar, comenzó a sentirse desganada y decaída: todas las amarguras de aquel pérfido día, las amarguras que ella padecía por amor a los demás, las amarguras de su madre, que trabajaba de criada a los sesenta años, de su hermana, que no tenía ni un poco de pan con el que alimentar a sus hijos, de su cuñado, que se dejaba arruinar, de su prometido, al que le gustaría ver feliz y rico como un señor y que no tenía nunca una lira en el bolsillo..., todas estas amarguras y otras incluso más profundas, y la más grande, la más profunda, la más desoladora de las amarguras, la de la impotencia, todas se le vertían del alma a la sangre, se le subían a los labios, a los ojos, al cerebro. Oh, no era suficiente con trabajar, con dedicarse a aquella profesión nauseabunda, en la fábrica de tabaco, siete días a la semana; no era suficiente con no tener ni un solo vestido decente ni un par de zapatos que no estuvieran rotos, de tal forma que en la fábrica no la veían con buenos ojos; no era suficiente que ella ayunara cuatro días de siete cada semana para dar una lira a su madre, dos liras a Raffaele, media lira a su hermana Annarella y, cuando le quedaba algo, jugárselo a la lotería. Era inútil, inútil, nunca conseguiría hacer

⁶ N. de la Trad.: Figura típica de la sociedad napolitana, caracterizada por su aliño y honor, originalmente protectora del barrio, hasta que entró a formar parte de la jerarquía criminal de la camorra.

nada por aquellos a los que amaba; no servían ni el cansancio ni la miseria ni el hambre, todo era en vano. Y, mientras bajaba por las escaleras de San Giovanni Maggiore, en Mezzocannone, y se aproximaba a su parada más dolorosa, tenía ganas de matarse de lo miserable, de lo impotente, de lo inútil que se sentía. No obstante, siguió andando, y fue en una placita remota de Mercanti, una placita que parecía más bien un establo, donde se detuvo, apoyándose en el muro como si no pudiera dar un paso más.

La placita estaba manchada de agua sucia, de cortezas de fruta, de un sombrero de mujer roto tirado en un rincón, y de las ventanas del primer piso, tres tenían las celosías verdes entrecerradas, de modo que dejaban pasar un solo rayo de luz. Eran pequeñas ventanas en mal estado y celosías desteñidas, sobre las que el polvo, el agua y el sol habían dejado huella. El portalito era pequeño, tenía los peldaños desgastados y llenos de humedad y el pórtico era estrecho y negro como un callejón. Carmela miraba hacia el interior, con los ojos abiertos como platos, presa de un sentimiento de curiosidad y de miedo. Una mujer entrada en años, una criada, salió levantándose la falda para no ensuciarse con el riachuelo. Carmela tenía que conocerla, porque se dirigió a ella con franqueza:

—Doña Rosa, ¿puede hacerme el favor de llamar a Maddalena?

Esta la observó bien para reconocerla: luego, sin hacer ademán de volver a entrar en la casa, la llamó desde la placita, dirigiéndose a las ventanas del primer piso.

—¡Maddalena, Maddalena!

—¿Quién es? —preguntó una voz ronca desde el interior.

—Te busca tu hermana; baja.

—Ahora voy —dijo la voz más bajo.

—Gracias, doña Rosa —murmuró Carmela.

—No hay de qué —contestó la otra brevemente mientras se alejaba.

Maddalena se hizo de rogar dos o tres minutos; luego, se oyó el ruido cadencioso de sus tacones de madera por el pórtico y apareció ante ella. Vestía una faldita de muselina blanca, con un volante alto también blanco con bordados, una chaquetilla de lana color crema, muy ceñida, con lazos anudados de terciopelo negro

en las mangas, en la cintura, en los costados, y un chalecito de chenilla color rosa sobre los hombros. La falda dejaba a la vista los zapatos de piel reluciente y tacón muy alto, así como los calcetines de seda rosa.

Se asemejaba, en la cara, tanto a Annarella como a Carmela, pero el cabello castaño, con volumen, bien peinado, sujetado con horquillas doradas, y las mejillas levemente pálidas, coloreadas con lápiz de labios, disolvían cualquier semejanza con Annarella y la tornaban mucho más atractiva que Carmela. Las dos hermanas no se besaron, no se dieron la mano, sino que intercambiaron una mirada tan intensa que decía más que cualquier palabra o cualquier gesto.

—¿Cómo estás? —dijo con voz trémula Carmela.

—Estoy bien —respondió Maddalena, agachando la cabeza, como si no fuera la salud lo que importara—. ¿Y mamá cómo está?

—Como una viejecita...

—Pobre mamá, ¡pobrecita...! ¿Annarella cómo está?

—Oh, hasta arriba de problemas...

—Hundida en la miseria, ¿no?

—Hundida en la miseria.

Ambas suspiraron profundamente. Cuando se miraban, un rubor y una palidez les transformaban el semblante.

—Hoy también te traigo malas noticias, Maddalena —dijo al fin Carmela.

—Nada, ¿no?

—Nada.

—Qué mala suerte tengo —murmuró Maddalena en voz baja—. He hecho tantas ofrendas a la Virgen, no ya a la Inmaculada, que no soy digna siquiera de nombrarla, pero a la de los Dolores, que entiende y se compadece de mi desgracia..., pero ¡nada, no se ha podido hacer nada...!

—La Virgen de los Dolores nos concederá este favor —dijo lentamente Carmela—. Esperemos que sea el sábado que viene.

—Esperemos —contestó la otra con humildad.

—Adiós, Maddalena.

—Adiós, Carmela.

Maddalena se dio la vuelta y con ese andar suyo, al ritmo de los tacones de madera, desapareció por el pórtico. Fue solo entonces cuando Carmela hizo ademán de entrar para llamarla de nuevo, pero la otra ya estaba en la casa. La joven se marchó corriendo, ciñéndose el chal entre convulsiones, mordiéndose los labios para no sollozar. Oh, todas las demás amarguras, todas, incluso aquel sábado sin pan, no eran nada en comparación con la que dejaba atrás, pero que, de todos modos, seguía acompañándola: un veneno eterno, una vergüenza eterna para su corazón.



A las cinco y media, el patio de la sede se encontraba del todo vacío y en silencio; ya no entraba nadie, ni siquiera para contemplar aquella solitaria tablilla con los cinco números premiados. Los cinco números ya se habían fijado en todas las administraciones de lotería de Nápoles y ante cada una de ellas, en toda la ciudad, había un grupo de gente parada. Ya nadie entraba en el patio; el gentío no volvería hasta pasados siete días. Entonces, se oyeron unos pasos. Era un auxiliar de la lotería, que llevaba de la mano a los dos niños del Hospicio de los Pobres, el que había sacado los números y el que los debía sacar el sábado siguiente. El auxiliar los devolvería al hospicio, donde entregaría las veinte libras como pago semanal que otorgaba la Lotería Real al niño que sacaba los números. Los dos jovencitos correteaban detrás del auxiliar, canturreando alegremente; la costurera de blanco, que trabajaba con su máquina, alzó la cabeza y les sonrió. Luego, volvió a pisar con el pie el pedal y a dirigir el trozo de tela, recto, sobre la aguja: prosiguió con su labor en silencio, incansablemente, figura humilde y pura del trabajo.